

CONTESTACIÓN
de
DON MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Señor Director: Señores Académicos:

La Academia Nacional de la Historia me confiere gratísima honra, con darme su voz para que salude al nuevo titular de la Silla Letra Ll, mi distinguido amigo el Profesor don Pedro José Muñoz.

Más de una notoria razón explica el hecho de haber sido yo el beneficiado por tan amable escogimiento. Allende una larga amistad, que otorga a mi palabra el privilegio de expresar con vivo calor el regocijo del Cuerpo, por la incorporación de quien sumará su amor al estudio y el acervo de su rica cultura a las labores del Instituto, se impone la muy decidora razón de ser yo quien ostente hoy, con preferencia a historiadores que lo lucirían con más brillo, ya que no con mayor orgullo, el título oficial de Cronista de Caracas, y de haberse adentrado el recipiendario, para su trabajo de regla, en el recuento del pasado de nuestra ilustre capital.

Con singular cariño y brillante sentido evocador, hace Muñoz el periplo histórico que arranca de las estériles tentativas de Francisco Fajardo y de Juan Rodríguez Suárez, hasta llegar, sin fatiga, después de bordear cuatro siglos de aventura, a esta hora de progreso desparramado, que convierte a nuestra egregia Caracas en maremágnum de encendidas y exóticas hablas y en un feo hacinamiento de cemento que no habla.

Pleno de recuerdos nostálgicos, Muñoz da término a su discurso con cita en extremo expresiva: "Múdenla ya como quisieren, en mí estará como la vi". Más, por realidad consoladora, surgen, de lo contrario, voces que prueban la ineficacia destructora de las mudanzas. De la Caracas de pajizos techos, construida por los audaces capitanes que acompañaron a Diego de Losada, a la Caracas de los rascacielos sin espíritu, que hoy dan aspecto de incolora modernidad a nuestra urbe, van ya para cuatrocientos bien corridos años; pero la Caracas de aspecto versátil, tiene en el fondo una conciencia que no cambia. Si no, seguid conmigo la lección del paisaje caraqueño y el curso recio y fecundo de su historia. Éste y aquél se enlazan y hacen uno. El Ávila y el valle, en la diuturnidad cambiante de sus luces, parece que ofrecieran a sus normas cromáticas el alma de los siglos. Y la historia que arranca del asombro con que los españoles, más en afán de paz que por ofrecer a Marte pleitesía, sentaron al fin la planta en estos términos, se junta en tal forma a los secretos de la tierra, que se hace una con los esmaltes del paisaje, una con la blandura de las aguas, una con el suave desmayo de los vientos.

"Tan del cielo, que sin competencia es el mejor de cuantos tiene la América", dice de su temperamento Oviedo y Baños. Y a fe que lo ha sido igual, pese a turbulencias y amarguras, el hilo fecundo de su historia, llena de las luces heroicas que la han prestado desde el Hércules niño que defiende en Chacao los fueros de la aborígen libertad y desde el anciano sin miedo que sale solitario a enfrentarse con las huestes devastadoras del corsario, hasta la esquiliana valentía de la matrona que arroja al ludibrio el prestigio del nombre y la honra de la estirpe, para salvar la vida del compañero audaz que sostiene en las sombras, como recatado Prometeo, la llama de la libertad de América.

Desde el indiecito sin nombre y desde el quijote Ledesma, que tipifican, el uno la resistencia del atónito aborígen, el otro la heroicidad razonada de quien opone su insuficiencia honorable a la avasalladora resistencia de los bárbaros, hasta la sin par Joaquina Sánchez, la historia de la ciudad es un proceso que intercala acciones heroicas y suaves memorias. Hermosa

trilogía, propia para un bajo relieve de corintio bronce, son como el alma sutilísima de Caracas: el niño, la dama y el anciano: seres quebradizos, el uno por la ternura de sus años; la otra, por lo delicado de la naturaleza femenina; el anciano, por el desgaste impuesto con imperio por el tiempo. Quebradizos los tres en virtud de opuestas y disímiles razones, aparecen a boca de la colonia y en los clarores aún sin mañana de la república, como expresión del alma contradictoria de la capital. Símbolos e historia que arrancan secretos de pujanza a los corazones débiles y palabras de audacia a las criaturas timoratas, para crear con ellas el vocabulario de milagro de que Bolívar se valió para dominar la tozudez de los hombres y ganarse la veleidad femenina de la gloria.

La Caracas que sin daño de los indios quiso ser fundada sobre estribería pacífica; la Caracas que luchó contra los piratas amenazadores de la integridad de la naciente Patria; la Caracas que se asomó a los labios de la pulida dama, para ofrecer sonrisa de piedad al negrito llegado de Angola en la última descarga negrera; la Caracas que pasó con iluminada confianza las cuentas del interminable rosario, durante las funciones diputadas por el Obispo Diez Madroñero; la Caracas frívola y bulliciosa de las carnestolendas y continuos festejos del Gobernador Torres de Navarra; la Caracas que puso sobre el labio altanero el dedo del sigilo, para pasar de boca a oído, como en liturgia misteriosa, el secreto de la rebelión que comenzaba a hinchar corazones y músculos patriotas; la Caracas del 19 de abril y del 5 de julio, que vio abrazados, en medio del regocijo callejero y como símbolo de nuestra hermosa democracia, al mantuano de corto calzón y hebilla plateada, con el negro de áspera camisa de listado; la Caracas asustada y hermética que contempló el desfile sombrío de Monteverde y de José Tomás Boves; la Caracas que se echó a la calle con las campanas de todas las fiestas, cuando, sostenida por el más apuesto de los abanderados de Carabobo, vio entrar de nuevo la gloriosa bandera de Miranda; la Caracas que recibió como en sueños a Bolívar vivo el año de 1827 y que se puso luto y lloró como Niobe sombría, para recibirlo en despojos el año de 1842; la Caracas atónita que vio salir al virtuoso Vargas camino del destierro, cuando las voces de los bárbaros proclamaron los desiderata de la fuerza como los más eficaces códigos de gobierno; la Caracas que vio emigrar su juventud camino de los campos donde se libraba la guerra federal, y que años después, tras el efímero triunfo de la autonomía de las regiones, fue tomada a hierro y fuego, como virgen púdica, por las fuerzas victoriosas que venían a imponer la autocracia de Guzmán Blanco; la Caracas frívola de fines del siglo XIX, que puso sobre la vieja cultura los melindres y las liviandades del rococó traído del bajo imperio francés por el espíritu imitador del Ilustre Americano; la Caracas que miró con asombro las tropas barbudas, que desde la frontera occidental venían, con Castro y Gómez a la cabeza, para fundir, en nuevo crisol de dolor, los valores de la nacionalidad; la Caracas de los saraos y de las veladas universitarias; la Caracas de las corridas de cintas y de las plazas de toros; la Caracas que llora y la Caracas que canta; la Caracas que piensa en filósofo y que ríe en gandul; la Caracas que se venga del tirano con la gracia de un chiste y que con el veneno de una estrofa destruye el pedestal de un pedante; la Caracas que para su único rostro tiene mil sonrisas y mil gestos que fascinan; la Caracas que, como el Ávila granítico, es una e inmovible, a pesar de la expresión voluble que tiene para cada suceso, para cada tiempo, para cada alegría y para cada dolor.

Esa Caracas permanente y mudable nos la ha presentado en su hermoso discurso incorporativo el Profesor Muñoz, como testimonio salvador del precio inmensurable de nuestra tradición capitalina. Sin embargo, y así duela el atroz descuido que ha sido numen de la edificación de la nueva Caracas petrolera, con que sustituye en lo material a la vieja Caracas del cafeto y los bucares que iluminaron el alma de Manuel Díaz Rodríguez, y fijaron su memoria, como hierro mordaz, en el espíritu de Andrés Bello, tengo fe en que Caracas, como teoría de una nacionalidad,

permanecerá más fuerte que las piedras en el alma de las venideras generaciones. Mudarán los ladrillos y se les sumará hierro y cemento para variar el aspecto exterior de la ciudad, pero si los hombres, bien ciertos de que es más grato descender de los Losadas, de los Bolívar, de los Mendozas, de los Tovares, de los Montillas, de los Rodríguez, de los Ribas y de los Toros, que cambiar tan rancias genealogías por ilustres y postizos entronques con raíces en Escocia o en Nebraska, hacemos votos de fidelidad a los valores de la Historia, Caracas mantendrá, en medio del progreso, su corazón antiguo, y Bolívar, cuando descienda de su gloria para el milagro del reparo ciudadano, hallará en sus anchas avenidas, no sólo el frío bronce de las estatuas con que en el mundo oficial se le simula consecuencia, sino ávidos contertulios a quienes expresar el dolor de ver su obra traicionada y la fe constante de que nuevas generaciones sabrán defender la llama de la libertad y de la independencia de la Patria.

Profesor Muñoz:

La Academia os recibe con verdadero regocijo y espera de vos la prosecución en su seno de la larga labor de enseñanzas y de cultura que os ha conquistado nombre grato en el mundo de nuestras letras. De mí sabéis que vuestra compañía en torno a la mesa académica, es prenda de que habrá un espíritu más en el cual el mío se puede mirar como en espejo de amistoso testimonio. Pero más allá de vuestra grata presencia, hay dos sombras amables que quiero saludar: veo a Rafael Requena, amigo generoso e investigador diligente de nuestro pasado aborigen, que no llegó a incorporarse a nuestras actividades; y al doctor Francisco González Guiñan, amigo ilustre de quien recibí, cuando entré en esta benemérita casa, un abrazo que era el abrazo solemne de la historia de mi Patria. Era él entonces el único superviviente de nuestros fundadores. En él vi algo más que al anciano de jadeante voz, en cuya piel cuarteada, estaban escritos, con signos caprichosos, los vecinos derechos de la muerte. Miré en él un testimonio vivo de una Venezuela que había presenciado el esfuerzo inteligente y el impulso feroz de hombres que a la par persiguieron el servicio de la nacionalidad. Él retenía el secreto de palabras pronunciadas por testigos de nuestros néstores y aquiles: era, en nuestro recinto remozado, el último representante de una generación que había escuchado la voz sagrada de los Padres de la Patria. Su sombra venerable, que aún ronda la silla vacante desde la hora de su lejana muerte, hace más respetable el sitio que hoy ocupáis entre nosotros.